



Prólogo



La gula de los ogros

Juan José Téllez

Algo hay de sentina y olor a brea en la tan vieja como nueva Abacería de San Lorenzo, junto al señor de Sevilla y no muy lejos del único río de Europa que desemboca en América. Hay una sed atrasada de siglos, por boca de gente que fue y que vino en las naos, que llevó y que trajo caballos o tomates, especias de dos mundos, patatas y tabaco, evangelios y virus. Así que no extraña que, en sus segundos almuerzos literarios, un certamen de relatos gastronómicos que cada vez adquiere mejor paladar, sea un platense, Carlos Eduardo Bonicatto, quien obtuviera el primer



premio con su obra “*El postre de limón*”: no en balde Jorge Luis Borges ya aseveró que el hombre descendía del mono y los argentinos de los barcos. En este caso, Bonicatto no pudo acudir a la entrega del premio pero, por uno de esos extraños juegos malabares a los que acostumbra la literatura, dicha circunstancia nos permitió conocer al protagonista de su historia, a Juan Martín, el cocinero que se enamora de una camarera.

De otros rumbos y de otros aires difíciles nos vino “*Calabazas dulces para Hasan*”, escrito por la andaluza Natalia Macías como una canción de cuna adulta en un país, Afganistán, mecido por la esperanza pero zarandeado por la guerra. Dicho texto obtuvo ex aequo el segundo premio junto con “*No ha sido un accidente*”, de la leonesa Rosa Ana Prieto, un añejo reino en donde desde hace mucho se supo conciliar la narrativa y la cena en las legendarias sobremesas del filandón.

A uno y a otro lado del mundo, sabemos que la liturgia de mover el bigote tiene mucho que ver con la ceremonia ancestral de vivir. Y de sobrevivir. Un gesto lleva al otro. Por el alimento y por la vida, se vive y se muere. Pero sobre todo se convive. Una buena mesa puede ser el anticipo de un idilio o de una revuelta, de una conspiración o de un poema, de una larga resaca o de una hermosa noche en blanco. Y no hace falta remontarse a los clásicos para saber que la literatura, desde sus inicios, habla de una y de otra condición humana: desde la Odisea a las Rubayatas, desde los versos de Catulo a las letras de la ópera, nos salpica el vino y nos satisface la comida, nuestro plato favorito a decir de Joaquín Sabina y de Fito Páez.

Claro que cuando asistimos con escalofrío pánico a las hambrunas que ahora mismo azotan al cuerno de África y otros confines del mundo arrebañado por intereses bastardos, cualquiera puede sentir un legítimo episodio de mala conciencia: ¿cómo puede ser que a la opulenta Europa nos acongoje una crisis financiera cuando lo que está en juego es la humanidad toda y, sobre todo, la que nada tiene y hasta la tranquilidad de la nada se le niega (Lorca dixit)? Tal vez para echarle un zurcido a los bolsillos rotos de mi alma tengo para mí que la causa de esas carpantas que asolan a la tierra no hay que buscarla en el mantel de aquellos que comparten lo poco o lo mucho que haya a la mesa. Sino que habría que escudriñarla en la gula insaciable de los ogros; en las alacenas opíparas de quienes, aquí y allí, pretenden devorarnos, empacharse con nuestros derechos en un caso y en otro atiborrarse de cuerpos famélicos. Sin que nunca se reedite, maldita sea, el fabuloso milagro de los panes y los peces sino que

suelan salir victoriosos todos los avaros de Charles Dickens que le negaron y le niegan tan sólo un cazo de potaje a los viejos y a los nuevos Oliver Twist. Al menos la literatura acostumbra a alimentar nuestros sueños. Y nuestra capacidad de rebeldía.
